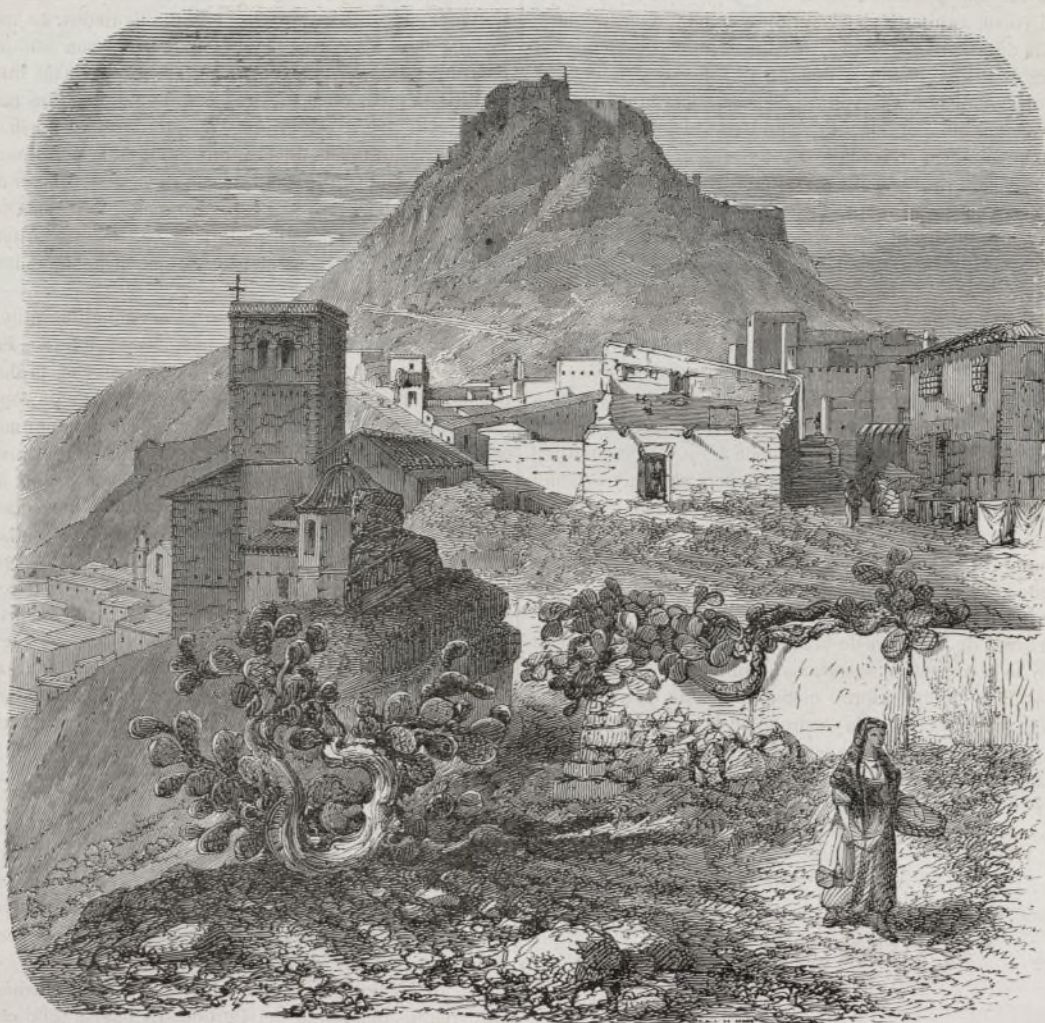


con mucho gusto y habilidad, que causaron la admiración de su corte.

Eutonces el archiduque le dió cartas de recomendación para el rey Felipe III y su ministro el duque de Lerma, refiriéndoles el suceso casi milagroso que le habia hecho descubrir un gran pintor en uno de los capitanes de los tercios castellanos. La corte de Felipe III era una corte muy devota. El rey pasaba su tiempo en funciones de iglesia, y visitando monasterios.

El duque de Lerma fundaba monasterios y conventos por todas partes, procurando acallar así la murmuración que contra él se levantaba por las inmensas cantidades que del Estado se apropiaba, dilapidaciones que le hubieran llevado al cadalso, como llevaron á su secretario y cómplice en estas espoliaciones don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, si con tiempo y con gran prevision no se hubiera cubierto con la sagrada púrpura de cardenal.

Don Juan de Toledo no podía menos de ser muy bien



Vista de Lorca.

recibido en una corte como la de Felipe III, y por un ministro como el duque de Lerma. Su salvación de la muerte en medio de las olas del mar, le prestaba una cierta aureola milagrosa. Fué, pues, el pintor de moda para las iglesias de Madrid, y la moda en esta ocasión fué justa, porque marchaba de acuerdo con el verdadero mérito de un gran talento.

Comenzó sus trabajos de un nuevo género, porque hasta entonces solo habia pintado batallas, pintando en la

iglesia de Santo Tomás en la bóveda, á Santo Tomás de Aquino presentando sus obras á Cristo crucificado. Este admirable fresco derramó su brillante colorido, llamó la atención de Madrid y le dió gran fama y celebridad en términos de que se le encargó el pintar los cuadros de los altares de un nuevo monasterio de monjas mercenarias que en 1609 se habia fundado en Madrid, á espensas de una señora ilustre llamada doña María Miranda, natural de Burgos, entre las calles de la Puebla y de Valverde, con cuya

SEGUNDA SERIE.—1861.

AÑO XIX 36.



fundacion corrió un venerable sacerdote, don Juan de Alarcon, de quien tomaron el nombre y que se halla enterrado en su iglesia. Allí pintó el gran cuadro del altar mayor que representa la Concepcion purísima de la Virgen, con acompañamiento de muchos ángeles, y la Trinidad encima.

Tambien son debidas á su inteligente pincel las demás pinturas de este retablo, y las del colateral del Evangelio.

Hubiera tenido trabajo para toda su vida en Madrid, empero deseaba volver á Lorca su patria, de donde habia salido simple soldado de los tercios de Felipe II, y donde iba á volver capitán, rico y grande artista. Quería que la iglesia donde habia recibido las aguas santas del Bautismo, conservase una memoria de uno de sus hijos, y dejó en ella una Asuncion de Nuestra Señora, magnifico cuadro muy celebrado por los inteligentes. Otras muchas obras suyas se admiran en las iglesias de Granada y de Murcia.

Lorca, esa pequeña ciudad de once mil vecinos, del reino de Murcia, es la antigua Eliocroea, que hizo un glorioso papel en el tiempo de los godos y de los árabes, pero que como otras muchas ciudades de gloriosos recuerdos, ha decaído de su antigua posicion, porque el tiempo hace con los pueblos lo que con los hombres, levanta á unos, los ensalza y los sublima, y humilla, abate y hasta borra la memoria de otros. Lorca, silla episcopal en tiempo de los godos, vió ya comenzar su decadencia con la traslacion de su sede á Cartagena en el año de 415. Cartagena á su vez ha visto la sede episcopal trasladada á Murcia, capital hoy de la provincia, y cuyo porvenir deberá ser muy brillante con la construccion del ferro-carril. Lorca, sin embargo, se mostrará siempre con orgullo como la patria de diferentes hombres célebres, como los pintores el capitán Juan de Toledo, Pedro Camacho y Baltasar Martinez, y el teólogo Juan Azar y don Sebastian Ortega y Melgares y otros. Lorca es una de las llaves de la frontera del reino de Granada, como lo demuestran sus armas, compuestas de una torre con el busto de don Alonso el Sabio encima, con una llave en una mano y la espada desnuda en la otra, y alrededor una inscripcion latina que espresa que es Lorca la llave mas segura del reino.

EL CONDE DE FABRAQUER.

### UN SERMON BAJO NARANJOS.

La señorita Luisa Gouraud da á luz en París, un excelente periódico titulado: *Journal des jeunes personnes* (Periódico de las jóvenes); y deseando avalorarle con una produccion del distinguido y erudito literato Mr. de Latour, que de largo tiempo atrás tiene consagrada su docta pluma y la gracia y elegancia de su estilo á dar á conocer en Francia bajo su mas bella faz las cosas de nuestra España, ha obtenido de éste, el artículo que á continuacion traducimos, seguros del interés general con que será leído, por abrazar tantas cosas dignas de ser tenidas en cuenta, y que el autor pone á la vista con la benevolencia, estudio y poesía que distinguen á todos sus escritos, en los cuales rebus-

ca con marcada preferencia para presentarlas al público francés, las humildes y santas violetas que suele pasar por alto la fama.

FERNAN CABALLERO.

«Lleváis, señora, á veces á vuestras jóvenes lectoras al gran mundo y la sociedad; permitidme que yo las conduzca á oír un sermón. Pero no hay en esto nada que pueda causar recelo ni aun á las mas jóvenes, porque se trata de un sermón predicado en un patio, al aire libre, bajo la sombra de naranjos, ante pobres niños; siendo los demás que componen el auditorio admitidos, pero no llamados. La misma voz que bajo los olivos de Palestina decia con tan tierno acento: «*Dejad venir los niños á mí*» repite aun las mismas palabras despues de cerca de dos mil años, bajo los naranjos de Andalucía. Algun día, cuando España haya concluido sus caminos de hierro, que serán una seduccion mas que ofrecer á la legítima curiosidad de los viajeros, muchas de vuestras abonadas, que serán entonces graves madres de familia, vendrán quizás á sentarse al pie de este púlpito de los huérfanos; pero entretanto, vengan á acompañarme á él con el pensamiento.

«La Catedral de Sevilla en su forma actual es muy posterior á la época en que los moros fueron espulsados de España; empero, así como algo de las costumbres árabes ha permanecido entre los moradores del Mediodía de España, también el arte árabe ha dejado huellas en los monumentos erigidos por la fé cristiana. Aquí no obstante, hallamos mas que involuntarias reminiscencias; dígalos en primer lugar la maravillosa Giralda; mucho mas antigua que la catedral, cuya solemne y sonora voz esparce por los aires, y á la cual no tiene el Oriente mas recóndito nada que se le pueda preferir. Díganlo además los grandes trozos de muros de la antigua mezquita embutidos en el recinto á que me propongo conducirlos.

«Son también de usanza oriental los grandes patios que forman parte de los edificios religiosos. La Catedral de Córdoba tiene el suyo, con su fuente rodeada de sicomoros, de naranjos y cipreses. Las sinagogas de Toledo tienen también los suyos, pero solo con pozos y sin naranjos, que no podrían prevalecer en aquel clima.

«En Sevilla este patio es del tamaño de la antigua mezquita cuya área ocupa. Es un cuadrilátero de unos 450 pies de largo por 350 de ancho. En el centro tiene una ancha fuente cuya doble mar no carece de elegancia, y cuyo perenne murmullo concuerda perfectamente con el perfume del azahar.

«Tiene este patio tres distintas puertas de entrada. La principal se denomina del Perdon. La puerta, que es muy bella y redondeada por arriba á manera de herradura, fué hecha por árabes cautivos, por orden del rey Alfonso XI en memoria de la batalla del Salado. Ambas hojas de esta puerta pertenecieron á la mezquita, así como las planchas de cobre cinceladas de que están cubiertas. Sobre la puerta hay un hermoso bajorelieve de barro cocido, y á cada lado de la entrada las estatuas en pie de San Pedro y San Pablo, el uno con las llaves, el otro con la espada. Vese, pues, que á pesar de haber permanecido la puerta musulmana en cuanto á su forma y su materia, es cristiana, y abre á los fieles el dominio de Jesucristo.

«Entremos. Bajo la bóveda de la puerta, á la izquierda



se fija la vista en una cabeza del Señor, puesta en una capilla de mármol, ante la cual arde perennemente una lámpara. Entre esta capilla y una concha de agua bendita que se hace necesario llenar constantemente, algunas personas devotas oran, y algunos mendigos imploran la caridad. Forma esto un cuadro de los que Schetz se complace y sobresale en pintar, y yo me figuro que Murillo al pasar por este sitio estuvo mas de una vez tentado de reproducirlo en sus lienzos. La leyenda de este Ecce-Homo debe ser curiosa y conmovedora, pero aun no me ha sido posible averiguarla. Su advocacion por sí sola, es la del *Señor del Perdon*. ¿No es una dulce leyenda? Basta á lo menos, para explicar y motivar el nombre de la puerta.

»Pero existe otra etimología. Las gentes ancianas de Sevilla me han referido, que en otros tiempos, aquellos que eran condenados á la pena infamante de azotes, iban montados en un asno y acompañados del verdugo y sus ayudantes por las calles de la ciudad. En determinadas encrucijadas se paraba el séquito; el escribano leía en recia voz la sentencia y el verdugo aplicaba el castigo en las espaldas del delincuente, hecho lo cual, volvía á emprender la marcha hasta llegar á otro de los sitios designados. Una delicada razon de conveniencia hacia que se evitase de pasar por delante de las iglesias. Pero acaeció en una ocasion, no sé como, que la triste comitiva vino á desembocar por una estrecha calle que desde las gradas de la catedral comunica con la plaza en que se halla la audiencia, ante la puerta del patio de la Catedral. Hallábanse casualmente en ella varios canónigos. El reo al verlos, clamó misericordia, y estos señores intervinieron en nombre del sagrado de la Santa Iglesia, que amplió algo la caridad, así de los que para el pobre reo la pedían, como de los que concedieron el *perdon*, por lo cual quedó este dulce nombre á la puerta y al Señor, en cuyo nombre se pidió.

»Al hallarse bajo aquellos naranjos, se siente una calma benéfica, á la que la perspectiva que se presenta añade una impresion religiosa.

»El primer objeto que llama la atencion, estando en el patio, es la Giralda que lo domina. El púlpito se halla en su mismo lado, es decir, al Levante; es de mármol y se apoya en la pared de la sala en que está la preciosa biblioteca reunida por el hijo de Cristóbal Colon, y donada por él á la ciudad de Sevilla. El hallarse esta en el recinto de la catedral ¿no prueba acaso que nada tiene que temer la religion del verdadero saber, y que antes es ella quien comunica á éste elevacion y resplandor, en cambio de la solidez que de él recibe?

»Sobre el púlpito, sujeto al muro, está el *velarium* ó baidor destinado á resguardar de los rayos del sol al predicador, y á la primera fila del auditorio, esto es, á los niños. La caridad que les ha dado asilo, cuida de ellos como una madre. Estamos todavía en 17 de marzo, y ya nos anuncian los naranjos en flor, que la llegada de la primavera ha puesto la savia en movimiento.

»Poco á poco se va reuniendo el auditorio, aun se hallan vacíos los bancos donde han de sentarse los huérfanos y que forman un cuadro al frente del púlpito alfombrado con un tapiz, cuyo centro ocupan todos los años el cardenal arzobispo y SS. AA. RR. la hermana de la reina de España y sus augustos esposos é hijos, cuando se encuentran en Sevilla.

»Puesto que tenemos tiempo y ocasion, veamos lo que está grabado en esta lápida de mármol colocada á espaldas del púlpito:—Aquí han predicado San Vicente Ferrer, San Francisco de Borja, San J. de Avila, el venerable Fernando Contreras y D. Fernando de Mata.—Este es el libro de oro del púlpito del patio de los naranjos; ahora daré algunos pormenores sobre cada uno de estos nombres.

»De estos venerables varones, pertenecen cuatro al Mediodía de España, y de los mas célebres, será de los que menos hablaré.

»San Vicente Ferrer es el apóstol de Valencia; ¡cuántas santas leyendas podría referir de su vida! Pero me ceñiré á decir que, nacido en 1357, sembró con mano pródiga la semilla del Evangelio en Inglaterra, Alemania y Francia. Falleció en Bretaña, y dió su último suspiro en Vannes, en 1419.

»San Francisco de Borja es tambien hijo de la poética Valencia, en donde nació en 1500. Era marqués de Lombay, duque de Gandía, y fué virey de Cataluña, muriendo en 1572, de general de la Compañía de Jesus. Su vida es toda una novela, y tiene grande analogía con la del abate Rancé; como éste, habia merecido tener, el desengañado procer, á un Chateaubriand por biógrafo. He visto una estatua muy espresiva de este santo en la Universidad de Sevilla. Preguntad á aquella efigie de un hombre estenuado por el ayuno y las austeridades, que nombre llevó éste en la corte de Carlos V, y os responderá: «*me llamo Penitencia*.»

»San Juan de Avila habia nacido en 1502, en las cercanías de Toledo, en Almodovar del Campo, pero á pesar de eso, llámasele el Apóstol de Andalucía. Escritor místico de un mérito singular, existen obras suyas que hacen autoridad, pero en cuanto á sus sermones, no queda sino la memoria de los maravillosos frutos que en las almas produjeron. Murió en Priego en 1569.

»Fernando de Mata sé habia nacido en Sevilla en 1554, y en ella murió en 1612. Predicador habitual del Sagrario de la Catedral, que forma uno de los costados del patio á que os he conducido, se puede decir que no salía de su casa para subir al púlpito del patio de los naranjos. Su vida ha dejado en la memoria de los hombres una estela dulce y luminosa; y pareceme que á su alma placera vagar aun por las cercanías de ese púlpito, y sorprender entre aquellos naranjos el eco de sus palabras de otros tiempos.

»Contreras consagró su vida á la redencion de niños cristianos cautivos de infieles, á punto de que debia haberse constituido en amado patrono de las jóvenes generaciones, que cada año en semejante dia se agolpan á los pies del púlpito. D. Fernando Contreras nació en Sevilla en 1470, de familia distinguida, pero escasa de fortuna: desde su infancia dió muestras de sus felices disposiciones, una inclinacion decidida al trabajo y al bien, de mucha modestia y de una gran dulzura de carácter. A los diez y seis años despues de haberse consultado á sí propio, y haber orado mucho, resolvió seguir la carrera eclesiástica, y se entregó con ardor al estudio de la teología; no gastó desde entonces sino vestidos bastos y eligió en la casa paterna un lugar retirado, que constituyó en ermita, y en el que no quiso tolerar sino un jergon, una mesa, una silla, algunos libros y la imagen del santo de su especial devocion. Tenia por todo recurso un beneficio pequeño que le ayudó á ordenarse;



pero una vez recibido sacerdote, renunció á él para vivir en la pobreza evangélica. Los ócios que le dejaba su santo ministerio, los empleaba en visitar los hospitales y en consolar á los enfermos. Padeciendo Sevilla en 1505 una grande hambre, se constituyó en demandante de los pobres, y habiendo la miseria traído la peste, se constituyó en enfermero de los contagiados. Tan intrépido para arrostrar el contagio, como lo había sido para arrostrar la avaricia de los vivos, enterraba á menudo á los que no había podido arrancar á la muerte. El arzobispo de Sevilla creyó deber recompensar tanto celo y abnegacion, dándole un beneficio: Señor, repuso aquel santo varon, ¿en qué he podido ofender á V. I. para que me quiera dar un beneficio?

»En 1511, el cardenal Cisneros lo llamó á la gran Universidad de Alcalá de Henares, que acababa de establecer. Allí empezó á ejercer la predicacion, y tuvo la insigne honra de contraer amistad con el que había de llegar á ser Santo Tomás de Villanueva.

»Salió de Alcalá para dedicarse á secundar las caritativas miras de Doña Teresa Enriquez, duquesa de Maqueda, que había erigido recientemente en Torrijos, á cuatro leguas de Toledo, la colegiata que aun hoy día se admira allí. Pero el principal objeto de la caridad de esta ilustre señora, era la redencion de los niños cautivos de moros. Asociando á D. Fernando Contreras á esa generosa obra, iba al encuentro de su verdadera vocacion. Pero para dar mas autoridad á su celo, le facilitó los medios de tomar el grado de doctor. D. Fernando, para prepararse á sus lejanas empresas, regresó á Sevilla, que era aun por entonces el punto de partida de todas las expediciones marítimas: y empezó por establecerse (fijarse), en el hospital de Santa Marta, y despues en una casa pequeña, cercana á una de las puertas de la ciudad, que pudiéramos ver desde aquí, á no impedirlo las paredes, y que se llama puerta del Arenal.

»Era esto en el año de 1526, y no pudiendo aun embarcarse, el Padre aprovechó esta demora para fundar un colegio en el que tomó á su cargo la enseñanza del canto llano, la gramática, bellas letras y la teología. Hubiérase dicho que con anticipacion preparaba un asilo á los niños que había de ir á traer de tan lejos.

»Próximamente por aquella época pasó por Sevilla para ir á América, San Juan de Avila, del que anteriormente hemos hecho mencion. El Padre Contreras consiguió retenerle en España, y Andalucía le debió así su apóstol.

»Estando todo corriente para su primera expedicion dió vela con destino á Argel. Allí le esperaba todo género de dificultades, pero el cielo le concedió ocasion de captarse la buena voluntad de los moros. Desde cuatro años antes afligia una gran sequía á aquel pais, y los ruegos de este varon santo hizo descender sobre la tierra abrasada una lluvia benéfica. En el primer arrebato de alegría le regaló el Dey treinta niños cristianos; los cortesanos imitaron la liberalidad de su Señor, y unidas estas liberalidades á los medios pecuniarios que había traído de España pudo en breve el generoso misionero reunir trescientos niños. ¡Considérese, pues, la acogida que hallaría al regresar á Sevilla!

»El buen resultado de este primer viage le animó á emprender otro en 1533. Asaltóle un temporal á la vista del puerto, pero bastó colocar su báculo sobre el timon para alejar el peligro. Los argelinos habían tenido tiempo sobrado para olvidar el benéfico milagro que abrió los cer-

rojos de sus mazmorras á tantos pobres niños, y el Padre Contreras no tenía bastante dinero para rescatar todos los que había deseado traerle consigo. Entregáronle bajo la fianza de su palabra alguna parte, y dejó su báculo en rehenes; verdad es que aquel báculo acababa de hacer un milagro, pero el milagro que me parece impresionaria mas á los moros sería la caridad del negociador.

»Su vuelta no causó esta vez menos entusiasmo en Sevilla que la primera cuando le vieron arrodillarse con todos los niños que traía y que le debían mas que la libertad, ante la célebre imagen de la Virgen de la Antigua. Este entusiasmo le proporcionó en breve poder rescatar el báculo dejado en rehenes á los infieles.

»Como dos viages consecutivos habían debido dejar exhaustas las mazmorras de Argel, el tercero fué con destino á Tunez. Apenas se habían embarcado el Padre Contreras con sus queridos rescatados cuando, de repente se vió rodeada su embarcacion por siete cárabos de piratas; pero una nube espesa cubrió la embarcacion y ocultó á los cristianos á la vista de sus enemigos. Cuando la nube se disipó estaba libre el mar de piratas.

»Por cuarta vez se puso el siervo de Dios en campaña yendo á Tetuan y Féz. Volvió á Sevilla en 1536 habiendo por milagro escapado á una tempestad, que no fué parte á inspirarle temor al mar ni á hacerle desistir de sus valerosas empresas.

»Había permanecido fiel á su hospital de Santa Marta, pero habiendo hallado ahora un establo en las cercanías se estableció en él, sin duda y en memoria del de Belen. Colocó en el pesebre su pobre jergon.

»El cabildo intentó inútilmente proporcionarle un albergue menos humilde, solo pudo lograr que se preservase de los rigores de la intemperie el que había elegido el mismo venerable.

»Tres años despues volvió á emprender un viage á Féz, del que regresó con éxito igual á los anteriores, pero el recuerdo de los niños que no había podido rescatar lo abrumaba como un remordimiento, y para aumentar sus recursos fué á mendigarlos á Castilla. El cardenal Tavera, el mismo que labró el magnífico hospicio que se halla en la entrada de Toledo, le dió medios para emprender el sexto viage. Le hallamos, pues, en Ceuta y de allí, caminando á Tetuan. Pero habiéndole, como siempre, faltado el dinero, y no inspirando confianza su báculo, á pesar de no haber defraudado nunca la de nadie, se dió á sí mismo en rehenes. Pero no salió la cuenta á los infieles pues cada día de la generosa cautividad de este insigne varon, que duró algunos años, fué señalado con alguna conversion de moros ó de judíos.

»Cesó por fin en 1546 en que regresó á Sevilla, y como si se hubiese echado en cara entrar solo, trajo consigo tantos rescatados como las veces anteriores. Ya se había perdido allí la esperanza de volver á verlo y se le empezaba á contar entre los mártires, cuando se le vió llegar tan sereno cuál si hubiera salido el día antes, pero con ese no sé qué de celestial que da el sentimiento de una santa victoria obtenida á costa de grandes sacrificios.

»La noticia de esta inesperada vuelta conmovió al mismo Carlos V, que nombró al Padre Contreras para la vacante del obispado de Guadix. El recién electo bien hubiera querido contestar al Emperador lo que respondido había cua-



renta años antes al arzobispo de Sevilla. ¿En qué he podido ofender á V. M. que me nombra obispo? Pero se contentó con dimitir esta honra.

»No creyó que su avanzada edad le dispensaba de la heroica tarea que se había impuesto, y emprendió por séptima y última vez su peregrinación á Argel, en donde quedó de nuevo su báculo en rehenes de una suma de 3,000 ducados. Apenas regresó á Sevilla cuando se apresuró á volver á su humilde albergue con el presentimiento de que no volvería á salir de él.

»No quiso cuidados ni mas alimento que la pobre pitapaza que el hospicio de Santa Marta acostumbraba proporcionar á los eclesiásticos indigentes.

»El obispado de Guadix estaba aun vacante y el Emperador encargó al Príncipe D. Felipe que lo ofreciera de nuevo, al que ya en otra ocasion lo había rehusado. El Padre Contreras se mantuvo en su negativa; sentía que sería para él un título vano. Agobiado bajo el peso de su cuerpo miserable que tantos combates había llevado, cayó sobre el pobre lecho en que dormía desde tantos años para no volver á levantarse. La Duquesa de Alcalá que sentía por él una tierna veneración le envió una cama menos mala, pero no le pareció que valía la pena de trasladarse á ella, é hizo llevar este regalo de una mano tan querida al hospital de las Tablas. El mismo camino tomaron los alimentos dedicados que de todas parte le fueron enviados. Sintiendo su fin acercarse empezó por disponer con prudencia de sus bienes, en favor de la redención de cautivos, pidiendo para sí mismo un favor: el de ser enterrado en la fosa en que se enterraban los ajusticiados. El 17 de febrero 1548, entregó tranquilamente su alma á Dios, asistido por dos obispos que desearon hacerlo hasta el último instante. El uno, por una feliz casualidad, era el obispo de Marruecos (1). ¡Que de recuerdos tenía para él este título! ¡Recuerdos que debieron llenar de confianza al enfermo sobre la salvación de su alma!

»El día que murió D. Fernando Contreras, las campanas de la Catedral sonaron solas, y todo Sevilla acudió con demostraciones del mayor dolor, á la puerta de aquel pobre casucho en que había muerto un bienaventurado. ¡Cuántos entre aquella muchedumbre, le debían la vuelta de un hijo querido robado por los moros! ¡Cuántos el hallarse en el seno de su familia, que no habían pensado el volver á ver jamás!

»Las duquesas de Alcalá y de Béjar, se honraron en amortajar con sus propias manos el pobre cuerpo que había conservado tan heroica alma. Al tratarse de fijar el sitio de su sepultura, fué grande la incertidumbre; pero cuando el cabildo estaba discutiendo el caso, se apareció un hermoso niño en medio de los canónigos, como en otro tiempo entre los doctores, y dirigiéndoles la palabra con aquella modesta firmeza que tanto había impuesto á los sabios en el Templo, les hizo seña de que le siguiesen, y deteniéndose á la entrada del coro dijo: «Aquí es donde quiere Dios que sea enterrado» y desapareció. El cielo se había complacido en dar á su mensajero la figura y edad de aquellos á quienes el que acababa de morir había consagrado toda su vida.

»Todas cuantas personas elevadas y santas encerraba

entonces Sevilla, se apresuraron á acudir á su entierro. El pueblo demostró á su manera su veneración por el siervo de Dios, disputándose girones de sus vestidos. El obispo de Marruecos predicó el sermón en sus honras. He aquí el último rasgo de esta santa vida, toda consagrada á la infancia; Don Fernando Contreras es autor de un catecismo.

»Repetidas veces se ha instado á la Santa Sede, para que ponga el sello á la santidad de esta dulce y venerable memoria.

»Un primer decreto fué expedido favorablemente, y en ello ha quedado la beatificación. Acaso desde el cielo, el humilde solitario de Santa Marta dice al Pontífice: «Padre Santo, ¿en qué os he ofendido para que me queráis poner entre los Santos?»

»Entretanto, la gente se ha ido apiñando alrededor de este púlpito, esclarecido por tantos gloriosos apóstoles; mas sin que vengan los niños del Hospicio, no subirá el orador al púlpito. Fórmanse, mientras, grupos alrededor de la fuente. Cada naranjo se hace el centro de una pequeña tertulia, al propio tiempo que otros pasean solitarios fumando su cigarro. Alguno que otro extranjero va de grupo en grupo mirándolos con extrañeza. Este espectáculo de la religión al aire libre, cuando en otros países parece que teme salir de sus templos, les da que pensar. Es cosa aquí tan natural, todos tienen un continente tan sencillez, que no se pensaría que aguardaban una solemnidad, si en las ventanas ogivales de los cuerpos superpuestos de la Giralda, no se viera asomar cabezas que denotan aguardar otra cosa, que no la vista de aquella reunión animada sin bulla, recogida sin afectación.

»Pero ya suenan á lo lejos voces infantiles. En el umbral de la puerta del Perdon, aparece una cruz de plata rodeada de faroles en que arden cirios.

»Las gentes abren paso con apresuramiento simpático, y en la estrecha senda que abre se ve entrar de dos en dos á los niños del Hospicio de San Luis, cantando salmos ó el Rosario conducidos por sacerdotes, y á las niñas del de Santa Isabel que lo son por Hermanas de la Caridad. Los vestidos de unos y otros son limpios y adecuados, sus semblantes revelan alegría y salud. Estos pobres niños que solo se encuentran en esta ocasion, se miran con cándida simpatía, pues sienten indefiniblemente que pertenecen á una misma familia, la de los desheredados, recogidos por la caridad.

»A medida que se van colocando detrás de las autoridades civiles y eclesiásticas, que son su providencia en este mundo, las gentes enmudecen y se acercan. El cuadro de género (ó de costumbres) que antes se presentaba, y que por la originalidad de los trages, la viveza de los colores, la variedad de actitudes, distraía agradablemente el tiempo de espera, toma al concentrarse otro carácter y se convierte en cuadro religioso, cuya belleza resulta de la unanimidad y de la expresión moral, que es la de una fé serena y segura de sí. Todas las miradas se dirigen al púlpito, no se lee sino un solo pensamiento en aquellas descubiertas frentes.

»Sube el orador al púlpito.—Se pregunta en voz baja quién es; oigo responder á mi lado que es un Padre de la Compañía de Jesús, encargado de la dirección de la enseñanza religiosa en el Hospicio. «Es el padre Esclapés» dice uno. «Yo creí que estaba en Utrera, en donde predicaba el

(1) Era el título que llevaba entonces el obispo auxiliar del arzobispo de Sevilla.



Septenario de Dolores.—Estaba allí hace media hora, observó otro; aguardábalo un coche en la estación del ferrocarril para traerlo aquí, y el mismo coche aguarda que haya concluido el sermón para volverlo á llevar á la Estación.» Eran gentes del pueblo los que así hablaban, por que en España el pueblo se interesa en los mas mínimos pormenores de las cosas religiosas. «Hubiera querido que fuese el Padre Medina, dijo un tercer interlocutor.—El Padre Medina acaba de hacer unos ejercicios en el Angel, y está muy fatigado.» Esto decía una muger que en seguida añadió: «Escuchemos al Padre Esclapés, y no echaremos de menos á ningún otro.» Estas razones á que involuntariamente prestaba atención, me impidieron oír el testo del predicador, que me pareció de mediana edad, de continente severo sin tiesura, y de un timbre de voz tal, que sin esforzarse llegaba á oídos de la mayor parte del auditorio. Su discurso fué como un resumen de todo el cristianismo por el analisis sencillo y animado de los mandamientos de Dios, y teniendo presente el orador que se dirigía á ánimas juveniles, que era necesario tanto convencer como conmover, presentó el fin de un célebre incrédulo incorporándose en su lecho de muerte para dejar en herencia á su hijo que quedaba huérfano, á falta del buen ejemplo de su vida, la gran amonestación de su muerte.

«Hubo entonces un bello y solemne momento. Aquel en que al escitar el orador á sus oyentes á pedir á Dios perseverancia en nuestra santa fé y resignación, se arrodilló espontáneamente todo el auditorio bajo los naranjos, y unió su oración á la del sacerdote. Cuando nos pusimos de pie el púlpito estaba vacío, y los niños emprendían la vuelta á sus Hospicios en el mismo orden, y con los mismos cantos que traían á la venida.

«Cada vez que asisto bajo este cielo esplendente á alguna de estas solemnidades religiosas populares, admiro mas y mas la portentosa flexibilidad con que sabe el catolicismo apoderarse de todas las armonías de la naturaleza. Austero en el Norte, adquiriendo en el Mediodía una poesía dulce y amena, en todas partes dueño de los espíritus y realmente universal, toma para abrirse camino el medio que conduce seguramente á ellos.»

## CHIGI.

(1493.)

En una de las hermosas noches del otoño, cuando todos descansaban en Roma y la luna reflejaba sus rayos en las ondas del Tíber, retratando en ellas su forma los soberbios edificios que adornan la capital del mundo, cuando el pueblo dormía confiado en la severidad del papa Alejandro VI., un hombre á quien los romanos, á quien la Europa entera admiraba como el artista de su siglo, desceñido el cabello, cubierta la faz de mortal palidez y con trémulo paso, vagaba por las márgenes del río fijando con aire asombrado su vista en aquellas aguas testigos de tantas glorias, depositarias de tantos crímenes.

En vano había procurado conciliar el sueño en su magnífico lecho. El pesar agudo que le devoraba en su palacio, le siguió al campo en su triste paseo.

Después de una hora de silencio, exclamó:

—«Envidian mi nombre, mi gloria! ¡Mi fama es una corona de hierro ardiendo que me abrasa, y que yo no puedo arrancar de mi frente! Daria mi palacio, mi casa de campo, mis riquezas todas por calmar mis remordimientos. ¡Y aun hay algunos que dicen que no los hay! ¡Ah! yo he hecho todo lo posible por librarme de ellos... siempre cuando yo me he postrado ante el confesionario de un sacerdote, he gemido, he golpeado mi pecho, he hablado, he... el ministro de Dios me ha negado su perdón, porque rehusaba devolver la posición que usurpo. Yo he asistido, con jóvenes artistas, para olvidar mi pena, á voluptuosas orgías; y cuando el espumante vino rebosaba en los vasos y las hermosas nos brindaban con el placer, ansioso de privarme de la razón, bebía, bebía, y bebía en vano; ¡ay! el vino y las mugeres no tienen embriaguez para mí: para lograr la paz del alma, he seguido á un solitario lejos del mundo, me he consagrado á la austeridad y á la penitencia, y sin embargo, allí tenía siempre fija, clavada, mi execrable idea! ¡En vano he buscado el sosiego en los brazos de un ángel, de una muger pura, las virtudes de una esposa, no han bastado á purificar mi alma, á hacer callar mis remordimientos! ¡Su voz celestial me mata, me asesina, me llama ¡Chigi!... ¡Nombre execrable! los romanos, los extranjeros, mi muger, mi hijo; ¡todos me llaman Chigi!... y siempre Chigi!!! ¡Nombre usurpado, y al que está unido tanto crimen! ¡Chigi es para mí ingratitud, traición, adulterio, robo, asesinato!!! ¡Oh! ¡si la muerte fuese la nada!... ¡si no hubiese una vida eterna de castigo, donde aun tengo que oír por siempre ese terrible nombre Chigi.... Chigi!....

Calló, volvió sus ojos convulsos al cielo, sacó del pecho un pliego grande sellado con tres sellos negros... Lo depositó sobre la arena.... miró por última vez suspirando á la ciudad de Roma.... al palacio donde reposaban su muger y su hijo.... y el ruido sordo que hizo un cuerpo al caer en el agua, fué repetido por el eco en medio del silencio profundo y pavoroso de la noche.

A la mañana siguiente Roma consternada, lloraba la muerte del gran pintor Chigi. Las conjeturas mas estrañas se formaban sobre la causa de su desastrosa muerte. Su tristeza, su melancolía desde que había parecido en aquella capital emporio de las artes, le habían hecho abandonar sus pinceles que le habían adquirido un nombre inmortal. En vano el pontífice mismo había deseado emplear sus talentos en el Vaticano, Chigi se había negado constantemente.

El pliego que había dejado el infeliz al suicidarse, reveló un horrible misterio.

El miserable cuyo cadáver habían arrojado las ondas del Tíber, y al que la ciudad entera se aprestaba á honrar como á un gran artista.... ¡no era Chigi!....

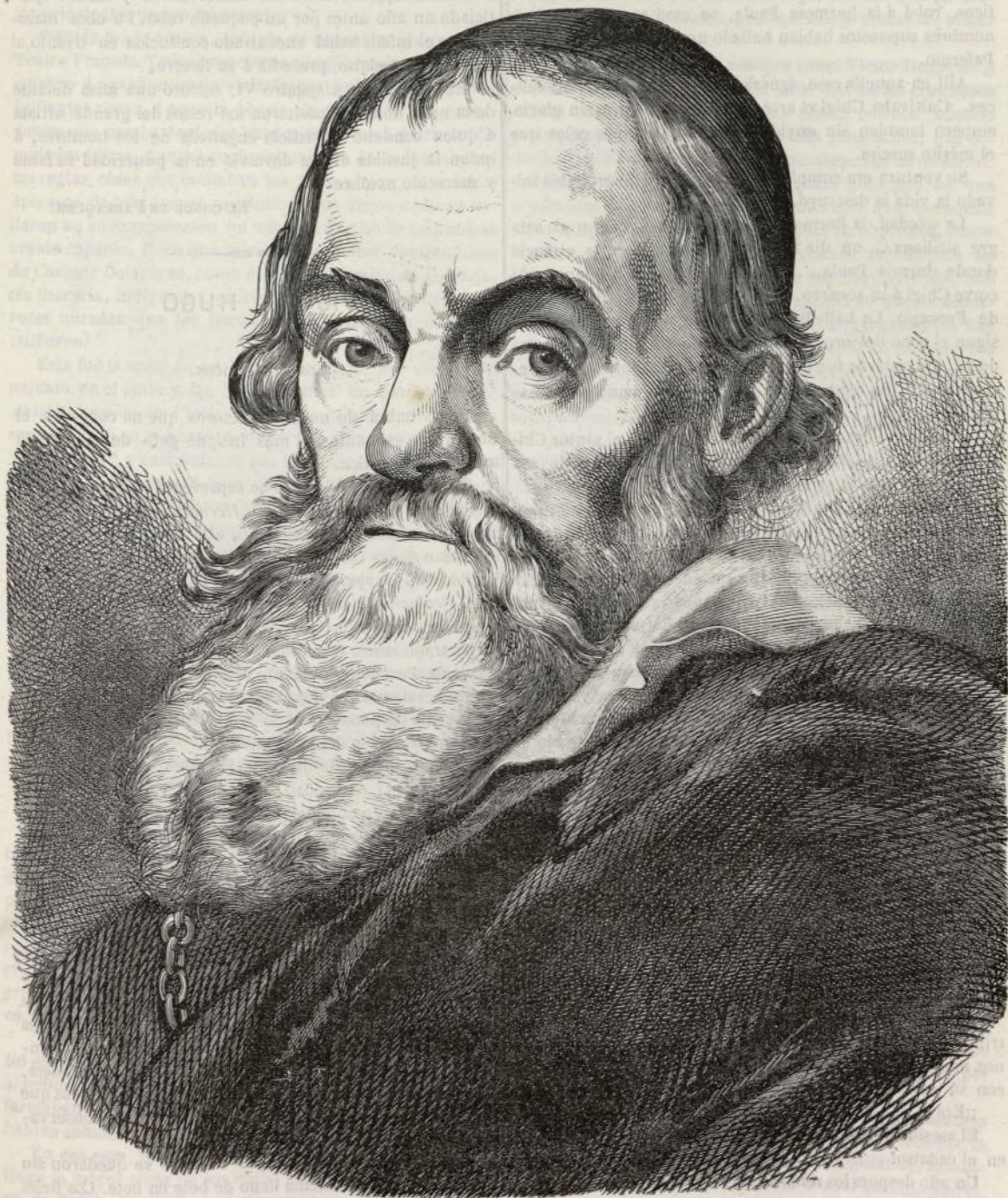
¡Se llamaba Antonio Ferraggio!

Natural de Palermo y joven disoluto, una noche al salir de una orgía con otros compañeros de desorden, insultó á una dama de distinción, y asesinó al hermano del gobernador de Sicilia.

Huyendo del cadalso aquella misma noche, solo, errante, cayó al amanecer desfallecido á algunas leguas de Palermo. No podía negar el asesinato, porque una de sus víctimas le había reconocido. No podía espatriarse falto de recursos, ni podía encontrar un asilo porque la justicia de las leyes alcanzaba al que le protegiese. Iba á perecer.



Un hombre á caballo pasó en aquel instante. Al verle pálido, moribundo, víctima tal vez de algunos bandidos, le ofrece generoso socorro. A fuerza de instancias, le arranca su secreto, le monta sobre la grupa de su caballo y le da un asilo en su casa de campo. Le libera de una muerte inevitable.... ¡La muerte en un cadalso!



Chigi.

La casa de campo, pobre en su exterior se hallaba adornada interiormente con cuadros preciosísimos. El generoso huésped, reveló á Ferragio, en cambio del fatal secreto que éste le confiara, lo que á ningun mortal hasta entonces había revelado.—Que era Chigi, pintor napolitano, á quien hacia diez años suponian unos en Méjico, y los mas que había



muerto.—Al volver á Nápoles, de donde había salido huérfano desvalido, había logrado hacerse amar de la hermosa Paula, hija del conde Rianzo.—Para evitar la venganza de una familia noble y poderosa, abandonó sus trabajos artísticos, robó á la hermosa Paula, se casó con ella, y bajo nombres supuestos habían hallado un asilo seguro cerca de Palermo.

Allí en aquella casa, ignorados del mundo, vivían felices. Cultivaba Chigi el arte de que era idólatra sin gloria, empero también sin envidia, sin los mezquinos celos que el mérito suscita.

Su ventura era completa. El miserable á quien había salvado la vida la destruyó.

La soledad, la hermosura de Paula encendieron su sangre siciliana.... un día fuera de sí, penetró en la estancia donde dormía Paula.... A los gritos de la desventurada corre Chigi á su socorro. Una puñalada lo derriba á los pies de Ferragio. La bella Paula espira de dolor. ¡Al asesinato sigue el robo del oro, los cuadros de Chigi son arrebatados!... ¡Su cadáver fué horriblemente mutilado!... ¡Podía revivir aun!... ¡Su lengua podía hablar!... ¡su mano podía escribir!....

El asesino llega á Roma. Se anuncia como el pintor Chigi, que vuelve de Méjico, espone al público algunos de sus cuadros que fueron arrebatados á porfía.

El nombre de Chigi, se repite con entusiasmo, adquiere gloria: es en breve tiempo rico, muy rico, y entre el prestigio de la celebridad y los placeres sofoca algun tanto los remordimientos con que un suceso terrible al cabo de tres años vino á destrozarse de un modo cruel su corazón.

Vió un día el príncipe César Borgia, hermano del papa, uno de los cuadros que conservaba aun, una Virgen dando de mamar al niño Jesus. Deseó adquirirlo para su magnífica galería, pagó por él una suma considerable, y al conducir el cuadro al palacio de los Borgias, el pueblo arrebatado á la vista de aquella obra maestra sigue entusiasmado el cuadro aclamando el nombre de Chigi, y obliga á Ferragio á asistir á este triunfo improvisado conduciéndole en una carroza descubierta del príncipe Borgia.

Era tanta la multitud de aquella marcha triunfal, que el fúnebre acompañamiento de un infeliz que conducían al patíbulo tuvo que detenerse. Los gritos de alegría sofocaban el triste rezo de los agonizantes.

Era el reo un mendigo mudo y manco, á quien la justicia del papa, estremadamente severa contra los ladrones, condenaba al cadalso por el robo de un pan á que le había impulsado la necesidad.

Al oír el nombre de Chigi, al ver al que llevaban en triunfo, levantó el mísero reo la cabeza, estendió sus manos mutiladas hácia él, intentó en vano articular un sonido con su cortada lengua y se desmayó....

¡Era el verdadero Chigi!...

El asesino subió en triunfo al Capitolio, ¡el artista pereció en el cadalso!

Un año después los remordimientos del asesino le habían vengado.

A los tres días el cadáver del miserable suicida era conducido en un carro, solo, sin acompañamiento, privado de las oraciones de la Iglesia y arrojado á un muladar fuera de la puerta Scelerata, al mismo tiempo que la nobleza, el clero romano, conducían al panteón otro cadáver exhumado

del campo donde la caridad cristiana sepulta los infelices condenados al último suplicio.

El cadáver que honraba Roma con unos funerales dignos de un rey, era el de un infeliz mudo y manco ajusticiado un año antes por un pequeño robo. ¡La obra maestra que el infeliz había encontrado conducida en triunfo al marchar al cadalso, precedía á su féretro.

El papa mismo Alejandro VI, celebró una misa delante de la urna donde depositaron los restos del grande artista á quien condenó la justicia engañada de los hombres, á quien la justicia divina devolvió en la posteridad su fama y merecido nombre.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## VICTOR HUGO

LOS ROMANTICOS.

Pocos habrá de nuestros lectores que no conozcan el nombre de este autor, el mas insigne jefe de la escuela moderna romántica.

El 26 de febrero de 1830 se representó por primera vez en París en el teatro francés el *Hernani*, esa primera tentativa dramática de Victor Hugo, el poeta novador á quien se debían ya las *Odas y Baladas*, las *Orientales*, *Han de Islandia*, *Bug-Jargal*, *El Ult mo día de un condenado*, y que en el *Prefacio Cromwell* había enarbolado decididamente la bandera de la rebelion y arrojado el grito de guerra contra las tradiciones. Esperaban todos una cosa nueva, atrevida, una obra poderosamente original, que removiese hasta en sus cimientos el viejo Teatro Francés, y querían todos ver la toma de posesion de la ciudadela clásica por el estandarte victorioso del romanticismo.

Circulaban además diversos rumores que escitaban y aguijoneaban la curiosidad del público literato. Se sabía que otra primera obra del poeta había sido prohibida por la censura, y que con aquel motivo había querido Carlos X aumentar desde tres mil á seis mil francos la pension del poeta, que con altivez la había rehusado. Sabíase tambien que la Academia había elevado sus representaciones hasta el pie del trono, para impedir la admision de *Hernani*, como un escándalo y un peligro; pero el anciano rey había respondido con mucho talento, que en semejante caso no creía tener otro derecho que el que tiene cualquiera que toma su billete para aplaudir ó silbar el drama. Se contaba por último, que había sido precisa toda la fuerza de voluntad del empresario del Teatro Francés y toda la del poeta, para vencer la resistencia é intrigas de algunos cómicos que fatigaban al autor sin cansarle, con las continuas observaciones sobre lo atrevido de sus papeles.

Las tres cuartas partes de los curiosos se quedaron sin entrar. El teatro se hallaba lleno de bote en bote. Los fieles adoradores de Melpómene y de Talía, se hallaban en su puesto meneando la cabeza y preparándose á rechazar con vigor la invasion de los bárbaros. Pero si las butacas se hallaban llenas de cabezas calvas y de figuras académicas, cuyo aspecto no presagiaba nada de bueno para la nueva obra, el patio independientemente de una formidable falange de